

El desafío a la democracia de la nueva extrema derecha

Andrew Bernstein & Antoni Gomila (evocog, UIB)

Abstract

En este trabajo nos centramos en el auge de la nueva extrema derecha a nivel mundial, como un nuevo sujeto político que, aprovechando las vías para la participación que ofrece la democracia liberal, se acaba convirtiendo en una amenaza para la propia democracia. En primer lugar describimos el fenómeno, y el modo en que este movimiento aprovecha los medios de comunicación y las redes sociales en particular. En segundo lugar, analizamos los factores sociales y cognitivos que explican este auge. Respecto a los factores sociales nos centramos en los daños sociales de la globalización, que crean el caldo de cultivo del que se nutren estos grupos. Respecto a los factores cognitivos, discutimos el papel de la moralización de la política y el sectarismo a que da lugar; el sesgo del pensamiento motivado, que lleva a perder el contacto con la verdad de los hechos y aceptar teorías conspiranoicas y percepciones erróneas; y el culto al líder. Así mismo, consideramos el modo en que estos grupos manipulan estos mecanismos cognitivos en su estrategia comunicativa. Acabamos con una reflexión sobre los riesgos que supone este movimiento para la propia democracia y la limitación con que se encuentra el ideal de la democracia participativa para hacerles frente.

1. Introducción

Uno de los nuevos movimientos sociales que mayor impacto está teniendo, y que plantea un riesgo de gran alcance, es la nueva extrema derecha (Froio & Ganesh, 2019). En muchos países de la órbita occidental, los partidos de extrema derecha están alcanzando las instituciones, cuando no directamente el poder, gracias al apoyo de más y más ciudadanos. Este auge de la nueva extrema derecha plantea cuestiones tanto prácticas como teóricas. A nivel práctico, la cuestión principal es cómo afrontar esta tendencia que puede llevar a la suspensión de las garantías democráticas, de modo parecido como ocurrió con el ascenso del partido nazi. La decisión de diferentes redes sociales de bloquear las cuentas de Trump, por ejemplo, no parece de entrada la forma más escrupulosamente democrática de hacerlo, en la medida en que parece afectar a la libertad de expresión. A nivel teórico, la tarea es entender los factores que alimentan esta tendencia y los mecanismos de que se valen. En particular, el desprecio por los hechos y la verdad que les caracteriza. Finalmente, sugeriremos que el ideal de la democracia participativa, por su formalismo, queda en evidencia precisamente ante una situación de este tipo, formalmente impecable en apariencia. Propondremos la necesidad de que el ideal democrático incluya también valores substantivos.

2. El fenómeno de la nueva extrema derecha a nivel mundial

El 6 de enero de 2021 una violenta turba de manifestantes asaltó el capitolio americano con la intención de tomar el congreso y senado americanos. Este ecléctico grupo formado por supremacistas blancos, defensores de los estados confederados, extremistas religiosos y nuevos grupos de extrema derecha como los “Proud Boys” pretendía tomar la casa de los representantes, o como ellos afirmaron “their house”. Los asaltantes compartían la creencia de que las elecciones presidenciales de noviembre de 2020 no habían sido limpias, sino que se había perpetrado un fraude masivo en las elecciones a favor de Joseph R Biden y en detrimento de Donald Trump. El propio presidente y un grupo de sus más fervientes seguidores, miembros de su administración, congresistas y senadores republicanos llevaban dos meses alimentando esa creencia, a

pesar de no poseer prácticamente ninguna prueba a su favor. Durante este tiempo, los abogados de Donald Trump presentaron más de 60 demandas en juzgados de todo el país. No ganaron ninguna. Tampoco lo consiguieron las más altas instancias judiciales, el Tribunal Supremo (de mayoría conservadora), donde también fueron desestimadas sus alegaciones.¹ La democracia americana, una de las más estables, avanzadas y reconocidas en todo el mundo, se había visto sometida a una enorme prueba de stress.

No se trata de un episodio aislado. En agosto de 2020, un grupo de radicales había intentado tomar el parlamento alemán por la fuerza. Miembros del movimiento “Quardenker” (Pensamiento Lateral) se agolparon fuera del Reichstag en Berlín para protestar por las restricciones contra el Coronavirus que el gobierno federal había impuesto. Muchos de ellos portaban símbolos imperiales o de grupos de extrema derecha.² A pesar de que estos dos asaltos están separados por miles de kilómetros de distancia y de que sobre la superficie parezcan estar generados por motivos distintos, comparten numerosas características. Cualidades que no se limitan a movimientos en los dos países mencionados, sino que llevan abriéndose paso paulatinamente en numerosos países de todo el planeta. En Europa llevan ganando adeptos durante buena parte del siglo, e incrementando su representación política en las instituciones, a pesar de los cambios en los sistemas electorales para impedirlo o dificultarlo (el caso más claro de esta estrategia, para frenar al Frente Nacional, es el de Francia). Muchos de estos grupos han pasado de ser minorías radicalizadas y marginales a erigirse en partidos políticos fuertes con afiliaciones masivas, y con influencia en las grandes decisiones colectivas, como fue el caso del UKIP en el referéndum británico que dio lugar al Brexit. De la Liga Norte de Salvini en Italia, a la Alternativa para Alemania, o al Vox hispánico, la nueva extrema derecha está incrementando su representación y presentándose en ocasiones como alternativa de gobierno.³

¹ <https://www.nytimes.com/2020/12/26/us/politics/republicans-voter-fraud.html> (Consultada el 10 de febrero de 2021).

² <https://www.dw.com/en/capitol-hill-riots-are-western-democracies-under-attack/a-56163820> (Consultada el 10 de febrero de 2021).

³ <https://www.bbc.com/news/world-europe-36130006> (Consultada el 10 de febrero de 2021).

A pesar de que la extrema derecha de cada país posee particularidades únicas, subyacen en todas ellas rasgos comunes que tejen una corriente de alcance global (Campion & Poynting, 2021). Suelen estar marcados por un fuerte componente populista, que busca movilizar a personas desencantadas con la política tradicional. En muchos países, los seguidores de estos grupos se nutren de la antigua clase trabajadora, perjudicada por la deslocalización industrial derivada de la globalización, y que se siente amenazada por la migración creciente (Tucker et al., 2012). Frente a anteriores fórmulas de extrema derecha del pasado, declaradamente autoritarias, la nueva extrema derecha se declara democrática y sigue generalmente los cauces institucionales (con la excepción de los episodios de ocupación de parlamentos, y como veremos, de grupos terroristas). Estos partidos afirman apoyar la democracia y se proclaman fervientes defensores de los derechos individuales de la ciudadanía.

Ahora bien, en la práctica, sus actitudes son bien distintas. Así, rechazan los consensos democráticos, y deslegitiman a sus oponentes. Ellos son los únicos representantes legítimos de su país, de modo que cualquiera que difiera de sus ideas es un traidor a la patria. Los medios de comunicación no favorables se consideran enemigos del pueblo y se les acusa de fabricar noticias falsas e interesadas. Acusan al establishment político tradicional, del que suelen provenir, de estar formado por élites que han abandonado al pueblo. Difunden bulos interesados a través de las redes sociales. Y su ejercicio del poder, en aquellos casos en que lo han alcanzado, pretende evitar los controles democráticos y la rendición de cuentas (a día de hoy, Trump sigue sin entregar sus declaraciones de la renta).

Además, ha habido un aumento brutal de ataques de extrema derecha a grupos minoritarios, inmigrantes, etnias diferentes, o miembros de partidos políticos de izquierda en países de todo el mundo, desde acoso verbal a hostigamiento, hasta acciones terroristas.⁴ El asalto al capitolio americano es sólo un ejemplo de lo que es capaz de hacer la extrema derecha cuando se siente acorralada. Se sabe ahora que entre los asaltantes había personas que planeaban asesinar a miembros del partido demócrata como

⁴ <https://www.visionofhumanity.org/far-right-attacks-in-the-west-surge-by-320-per-cent/> (Consultada el 15 de febrero de 2021).

Nancy Pelosi o Alexandria Ocasio Cortez. Pero la violencia de extrema derecha ha perpetrado ataques terroristas en la última década que van desde países tan lejanos geográficamente como Noruega o Nueva Zelanda. Hace aproximadamente 10 años el extremista noruego Anders Breivik cometió un doble atentado que se saldó con 77 personas muertas⁵. Primero emitió un manifiesto en las redes sociales en las que acusaba al feminismo del suicidio cultural europeo y establecía al Islam como el enemigo. Breivik partía de la primera premisa de la sectarización para llevar a cabo su venganza, una venganza contra los traidores que habían permitido la entrada masiva de musulmanes. Primero puso una bomba como maniobra de distracción en el centro de Oslo, para más tarde acudir a la isla de Utoya, donde había un campamento juvenil del partido laborista, y empezar a cazar uno a uno a todos los jóvenes que cruzaba a su paso (Mala & Goodman, 2011). También el atentado perpetrado en Christchurch Nueva Zelanda seguía el mismo patrón. El solitario Brenton Terrant atacó dos mezquitas en marzo de 2019 asesinando a 51 personas y dejando 49 heridos.⁶ Como podemos observar, el patrón en estos ataques es muy similar y concuerda con la radicalización derivada del sectarismo de extrema derecha. También en Europa y Estados Unidos se ha producido un aumento considerable de ataques con tintes xenófobos o racistas en los últimos años.⁷

El auge de esta nueva corriente extremista es innegable (Lührmann & Lindberg, 2019). Sin embargo, el potencial desestabilizador del crecimiento de la nueva extrema derecha para el orden mundial está todavía por verse. La teoría de que tras la caída del Telón de Acero se había llegado al final de la historia (Fukuyama, 1992) y de que liberalismo está aquí para quedarse, está indudablemente en entredicho. Las democracias occidentales se enfrentan a un nuevo enemigo, que podría ser mortal, pero que emana de sus propias entrañas, de los medios y valores que ofrecen las instituciones democráticas, de los que se aprovechan, amenazándola (Runciman, 2018). En lo que sigue, trataremos de aclarar las razones que explican esta tendencia.

⁵ <https://www.nytimes.com/2011/07/23/world/europe/23oslo.html> (Consultada el 20 de febrero de 2020).

⁶ <https://www.nytimes.com/2019/03/14/world/asia/christchurch-shooting-new-zealand.html> (Consultada el 20 de febrero de 2021).

⁷ <https://www.visionofhumanity.org/wp-content/uploads/2020/11/GTI-2020-web-2.pdf> (Consultada el 20 de febrero de 2021).

3. Factores sociales: la globalización

Sin duda, uno de los hilos conductores que engloba a los movimientos de extrema derecha a nivel mundial es el rechazo absoluto que albergan sus seguidores a la globalización, con todo lo que ella conlleva.⁸ El nacionalismo derivado de las revoluciones burguesas que culminó con la caída de los imperios tras la I Guerra Mundial está gravemente amenazado por la libre circulación de personas, capitales o productos. La integración de la vida humana generada por la globalización, con su deslocalización industrial, la especialización regional, y su inabarcable y dinámica interacción de razas y culturas, amenaza con erosionar la identidad nacional de muchas personas hasta el punto de borrarla por completo (Lucassen & Lubbers, 2011).

Al mismo tiempo, los estados han tenido que afrontar problemas de carácter global (como el cambio climático, el comercio internacional, la gestión de la Antártida,...) a través de acuerdos multilaterales, organismos internacionales, o incluso cediendo paulatinamente su soberanía nacional a organizaciones supraestatales cuyas decisiones carecen de control democrático. Los consensos científicos alrededor de cuestiones globales como el cambio climático privan a las industrias locales de seguir explotando recursos que han dado trabajo y mantenido a generaciones enteras. La deslocalización de empresas a países emergentes donde la producción resulta más barata ha empobrecido a la clase obrera y media de países donde las manufacturas garantizaban bienestar. Los movimientos de personas han contribuido a generar sociedades multiculturales donde los valores, la cultura o la raza están en claro retroceso. En definitiva, todo aquello que era sinónimo de una comunidad marcada por la tradición, las raíces o la identidad histórica, religiosa o nacional está ahora en peligro de desaparecer. La ironía de este rechazo a la globalización radica en que emana de grupos que históricamente se han beneficiado de ella, pero que con la democratización y universalización de sus valores han ido perdiendo protagonismo (Swank & Betz, 2003). El rechazo a la globalización expresa el miedo a perder una situación de privilegio, o el resentimiento por sentir que se ha perdido ya.

⁸ <https://theconversation.com/how-anti-globalisation-switched-from-a-left-to-a-right-wing-issue-and-where-it-will-go-next-90587> (Consultada el 22 de febrero de 2021).

Que la globalización no ha beneficiado a todo el mundo por igual parece incuestionable. El impacto de la globalización se ha relacionado, por ejemplo, con las actitudes británicas en el referéndum sobre su integración europea. Michael Peters (2017) la utiliza a la hora de explicar el Brexit, sin duda uno de los sucesos políticos recientes que mejor representa dicho rechazo. Los ganadores de la globalización serían en general aquellas personas con alto nivel educativo que han estado expuestas a otras culturas mediante el trabajo en empresas multinacionales o en instituciones o universidades globales. Han tenido la oportunidad de viajar, trabajar en el extranjero o compartir aulas con personas de otros países. Se sienten cómodas en un mundo global que les ofrece infinitas posibilidades. En muchas ocasiones forman familias con personas de otras culturas, valorando la riqueza de la diversidad racial. Conciben la soberanía desde un punto de vista global, apoyando la formación de organismos internacionales. Al otro lado del espectro se encuentran las personas que han perdido con la globalización. Por lo general son personas de raza blanca, que tienden a ser de una edad más avanzada, un nivel educativo inferior y que albergan un sentido identitario de marcado carácter nacional. Trabajaban en las minas, siderurgias o industrias pesadas cerradas por la transición a energías limpias. Trabajaban también en numerosas industrias manufactureras que han llevado sus fábricas a países emergentes en busca de mano de obra más barata. La inmigración masiva derivada de esta globalización les roba trabajo, priva de ayudas sociales o invade sus barrios. Su identidad nacional, posición socioeconómica y comunidad religiosa andan amenazadas. El mundo ha cambiado, y es ahora un lugar diferente, donde no acaban de integrarse, donde se sienten amenazados.

La globalización también ha generado ideologías o valores de carácter global que atacan esta identidad tradicional.⁹ Movimientos como el feminismo, que empezaron en países occidentales pero que se han extendido a la práctica totalidad del planeta, ponen en jaque al patriarcado y los valores cristianos tradicionales. Muchos hombres se sienten ahora atacados, acusados y privados de privilegios de los que gozaban sin ser muy conscientes de ello. La corrección política o el respeto a la diversidad infringe su libertad

⁹ <https://www.theatlantic.com/international/archive/2019/08/anti-feminism-gateway-far-right/595642/> (Consultada el 28 de febrero).

individual para expresarse sin restricciones. El denominado “buenismo” de los progresistas viene a simplificar valores sentimentales y la complejidad del mundo, sin atender a los efectos secundarios, pecando de buenas intenciones que niegan peligrosas consecuencias. Aquellos que no comparten los llamados valores progresistas sienten que existe un pensamiento único que les estigmatiza, que les arrincona socialmente. Este concepto del pensamiento único se encuentra muy extendido entre la extrema derecha.¹⁰ Aunque es cierto que existe por parte de la izquierda un aire de superioridad moral convertido en dogma del siglo XXI, que en muchas ocasiones impide debates serios acerca de temáticas complejas, su rechazo por parte de la extrema derecha radica en la imperiosa y desesperada necesidad de agarrarse a aquellos valores que les permitían abusar, o seguir aprovechándose, de otros grupos sociales. No abogan por abrir el debate constructivo acerca de medidas que puedan mejorar los aspectos negativos de la globalización, sino que defienden regresar a un mundo que ya no existe, a encerrarse en sus pequeñas trincheras nacionales.

4. Sectarismo y moralización de la política

Uno de los factores decisivos para el crecimiento exponencial del apoyo a movimientos de extrema derecha en la última década deriva de la polarización (Ezrow et al. 2014b). Aunque no es un fenómeno nuevo, dado que la alineación ideológica hacia los extremos lleva en aumento durante las últimas décadas en numerosas democracias, la polarización tradicional que giraba en torno a las diferentes políticas a aplicar ha ido mutando progresivamente a una polarización moral, o lo que algunos académicos denominan sectarismo político (Finkel et al. 2020). Es decir, el rechazo y oposición a los grupos ajenos no deriva de su visión o ideología políticas, si no del mero hecho de pertenecer a otras facciones. Prevalece la identidad o pertenencia de grupo sobre la ideología. La severidad del conflicto político se ha ido divorciando paulatinamente de la magnitud de las diferencias políticas (Finkel et al. 2020) para adentrarse en el terreno del odio al otro (no por su ideología, si no por su mera existencia). Esta sectarización de la política podría ser comparada a la moralidad religiosa, ya que comparte con ella la

¹⁰ <https://harpers.org/a-letter-on-justice-and-open-debate/> (Consultada el 28 de febrero de 2021).

creencia de que las personas que no pertenecen a la congregación no sólo están equivocadas, sino que son moralmente perversas (Mason, 2018). Comparten con la religión el dogma de fe, la irracionalidad de poseer una verdad inescrutable e impermeable a la crítica. Aquellas personas que osen oponerse a su visión u objeten a sus postulados tenderán a ser vilificadas.

El sectarismo político consiste de tres ingredientes principales: 1) otreísmo: la tendencia a ver a los partidarios opuestos como diferentes o esencialmente extraños a uno mismo; 2) aversión: la tendencia a rechazar y no confiar en los partidarios opuestos; 3) moralización: la tendencia a considerar a los partidistas opuestos como inicuos (Finkel et al.). Es decir, la primera consigna establece claras divisiones entre la pertenencia al grupo y las personas que quedan fuera de él. Hay una dualidad marcada por un cierto tribalismo que concibe a la sociedad como un ellos o nosotros. No hay término medio, los que quedan fuera pasan a generar fobia y desconfianza. Esto es lo que marca la segunda premisa, al antagonismo primitivo del que siente que está bajo una constante amenaza hacia todo el que no comparta su visión de las cosas. Este supuesto también está muy caracterizado por el resentimiento y el miedo generados por la sensación de pérdida de control sobre el mundo a su alrededor. Como ya hemos comentado en el apartado anterior, la globalización ha transformado la sociedad de forma irreversible, y parte de ese rencor proviene de la incapacidad de adaptarse a los cambios. Los que sí los aceptan, los impulsan o se benefician de ellos pasan a ser traidores al inmovilismo que caracteriza a la extrema derecha, a la tendencia a aferrarse a las raíces, ya sean raciales, nacionales o religiosas. Esto nos conduce a su tercer rasgo distintivo, la seguridad absoluta de que “los otros” son sacrílegos, degenerados pérfidos que sólo buscan la destrucción de la civilización occidental.

La polarización y la tendencia al extremo ideológico no son para nada exclusivas de la extrema derecha. Sin duda también encontramos hoy movimientos de extrema izquierda muy movilizados y una polarización ideológica en algunas élites políticas (Bolsen et al. 2014). Sin embargo, los rasgos distintivos de la sectarización sí parecen haber permeado más profundamente en estos grupos. Aunque el otreísmo también cristaliza en grupos que se organizan para hacer frente a la extrema derecha como los

movimientos antifascistas, lo hace de una forma menos tribal. El otreísmo en la extrema derecha pone a numerosos grupos en la diana. Los inmigrantes y refugiados son personas de razas inferiores que amenazan con reemplazar a los nativos de la sociedad occidental, robarles sus derechos y saquear sus instituciones. Los musulmanes son bárbaros que representan una amenaza para el cristianismo, sus valores, principios y tradiciones. Sus salvajes costumbres, su talante expansivo y su incapacidad para integrarse ponen de manifiesto la imposibilidad (a ojos de la extrema derecha) de convivir pacíficamente con ellos. Las élites políticas se han convertido en burócratas egoístas que anteponen su beneficio, sus ansias de poder y su ánimo de lucro al pueblo y sus necesidades. Son cómplices de la progresiva decadencia occidental con sus políticas integradoras, su visión globalista y su apoyo a organizaciones transnacionales. El feminismo, ecologismo o partidos y personas de izquierdas en general son progresistas ruines que ponen en peligro su libertad de expresión, sus derechos individuales y su jerarquía social. Quizás si hay una palabra que define a todos estos grupos hostiles es la de globalistas, personas que han abandonado a la patria, la nación o los valores cristianos para entregarse a la idea de que vivimos en un mundo plural, abierto y mutante.

Una vez definidos los enemigos, la sectarización da pie a la aversión explícita y manifiesta hacia ellos. No es ya que no se les acepte como actores políticos legítimos, miembros de una sociedad compartida con los que entablar una convivencia respetuosa. Es el hecho de que representan una amenaza, y como tal, valen todas las estrategias con tal de silenciarlos, descalificarlos o deslegitimarlos. En muchas ocasiones, los partidos establecidos de la extrema derecha defienden la prohibición de partidos políticos ajenos a su ideología al considerar que no son merecedores de representación. Los partidos políticos, conscientes de que la sectarización política y la polarización están en claro aumento, dejan de tener incentivos para establecer estrategias atrapa todo (catch all parties) y centran sus discursos única y exclusivamente en alimentar el fervor de sus correligionarios (Finkel et al. 2020). No existen incentivos para la representación de todos los constituyentes. La arena política ya no es un lugar que propicie el libre intercambio de ideas con el fin de que se enriquezca el debate y con ello la aplicación de políticas inclusivas. La sectarización hace que los partidos se conviertan en meros altavoces o cajas de resonancia de aquellas ideas que avivan las llamas del rencor hacia el enemigo, de su

silenciamiento. Quizás el rasgo más peligroso para la democracia de esta creciente moralización de la política es que ha llegado a generar el anhelo en políticos de adoptar estrategias y tácticas no democráticas a la hora de buscar victorias políticas (Finkel et al. 2020). Las instituciones pasan a ser disfuncionales, ya que la política se centra en controlarlas en vez de utilizarlas como elementos reguladores. Cómo toda la vida política se concibe desde la dialéctica, cualquier estrategia es válida para derribar al enemigo, incluso la de destruir la propia democracia. Para los partidos de extrema derecha, la política se convierte en un juego de suma cero, dónde la victoria sólo puede ir acompañada de la derrota de los enemigos.

5. El desprecio por la verdad de los hechos

Uno de los elementos más importantes a la hora de explicar la moralización de la política y la creciente sectarización es sin duda el razonamiento cognitivo motivado: la tendencia que lleva a las personas a buscar reforzar sus preferencias (sesgo de confirmación), rechazar o contra-argumentar las que las contradicen (sesgo de desconfirmación) y considerar información que concuerda con su forma de entender el mundo como más veraz que aquella que la contradice (efecto de actitud previa) (Taber & Lodge, 2006). Es decir, la necesidad de la gran mayoría de las personas de consumir información de forma que sus creencias, ideología o preferencias se vean reforzadas. Kunda (1990) afirmó que hay dos estrategias generales a la hora de procesar la información de los acontecimientos que nos rodean con el fin de interpretarlos. Una es la que conduce a las personas a buscar lo que él llama objetivos de precisión, marcados por la creencia de que el mundo es un lugar complejo en el que para acercarse lo más posible a la realidad hay que intentar abarcar todas las perspectivas posibles (Kunda, 1990). Es decir, una persona marcada por esta estrategia en España buscaría analizar cualquier noticia a través de la lectura o visión de canales de información de todas las ideologías políticas, con la idea de que, al contrastarlas, se acercará más a un entendimiento global de la cuestión. La segunda estrategia es la del razonamiento motivado, la que conduce a las personas a sólo consumir información de élites políticas o mediáticas que concuerdan con su ideología.

La gran diferencia entre una y otra estriba en el esfuerzo cognitivo que conllevan. Todo ello está marcado por lo que los investigadores llaman sesgo cognitivo. Durante décadas, numerosos psicólogos han estudiado como reaccionamos los humanos ante verdades que nos pueden resultar incómodas. En general, los humanos activamos mecanismos de defensa cuando se nos presenta información que contradice nuestra forma de pensar, nuestro concepto de nosotros mismos o nuestros principios. Se genera una tensión que nos es desagradable, lo que en muchas ocasiones nos lleva a reajustar la información o interpretarla para que concuerde con nuestra visión. La literatura también define esta tendencia como racionalización (Bazerman, 1997). Un ejemplo claro sería la necesidad de buscar justificaciones o excusas cuando sabemos que hemos hecho algo mal. En vez de aceptar nuestra responsabilidad, moldeamos la realidad para exonerarnos, alegando motivos externos o buscando otros culpables. Todo el mundo ha hecho esto en mayor o menor grado. Lo hacemos porque aceptar que estamos equivocados, o que no hemos actuado bien, nos genera malestar. Cuando nuestra ideología política está bien establecida, nos es más fácil distinguir qué información reafirma nuestras creencias (generando confort) y qué información las contradice (malestar cognitivo). Es por ello que la tendencia natural del ser humano a evitar cualquier tipo de incomodidad propicia el razonamiento cognitivo motivado. Sin embargo, cuando las personas sólo consumen noticias de fuentes que reafirman su forma de entender el mundo son mucho más proclives a la radicalización ideológica, el dogmatismo e incluso a ser manipuladas (Robison & Mullinix, 2015).

Una de las principales consecuencias del razonamiento cognitivo motivado es el realismo ingenuo o “la tendencia a creer que nuestra percepción de la realidad es la única visión exacta y que las personas que no están de acuerdo con ella están desinformadas, son irracionales o están sesgadas” (Robinson et al. 1995). Un estudio de Adam Waytz¹¹ (2017) demuestra que hay un marcado incremento en la tendencia a procesar información como si se tratase de preferencias en lugar de hechos, es decir, como si la discusión alrededor de las noticias fuese como la que concierne a la música o a los colores. Sin

¹¹ <https://insight.kellogg.northwestern.edu/article/the-psychology-behind-fake-news> (Consultado el 10 de diciembre de 2020).

duda, esta tendencia contribuye sobremanera al conflicto, a la aversión y a la moralización. La incapacidad de empatizar con las personas que piensan diferente o de comprender que el mundo es un lugar complejo que admite múltiples perspectivas diferentes hace que la gente se radicalice en la defensa de su ideología. Todo ello se ve exacerbado por las nuevas tecnologías, internet o las redes sociales. Desde su advenimiento, internet ha impulsado de forma exponencial la rapidez en el consumo de información y la capacidad de la gente de acceder a ella. Antiguamente, aunque los medios de comunicación tradicionales contribuían al sesgo cognitivo de sus lectores, oyentes o televidentes, que realizaban una lectura interesada de los acontecimientos, la velocidad a la que se propagaba la información contribuía de alguna manera a dotar a los consumidores de un mayor tiempo para su digestión. Hoy en día, la instantaneidad de la información a través de las redes sociales o los canales de información en internet hace que seamos mucho más susceptibles a la manipulación a través del razonamiento cognitivo motivado, y es aquí donde nos adentramos en el mundo de las “fake news” o las percepciones políticas falsas.

Las redes sociales juegan un papel fundamental en la diseminación de las noticias falsas. No sólo sirven de plataforma directa a líderes políticos que pretenden manipular la opinión pública distorsionando hechos, estadísticas o sucesos sin la necesidad de enfrentarse al filtro de la prensa, sino que también generan cajas de resonancia en la que grupos radicalizados comparten su odio sin ningún tipo de control (Garimella *et al.*, 2018). De esta forma se crean comunidades online, “esferas discursivas donde la gente se organiza en base a su retórica” (Warner, 2002). Dichas esferas sirven para establecer lo que Warner llama “contrapúblicos”, grupos que se definen por su oposición o relación de conflicto con el público en general y que buscan subvertir normas y consensos sociales (Warner, 2002). Plataformas como Twitter o Reddit generan canales directos para que estas comunidades busquen subvertir los hechos o manipularlos con el fin de generar más adeptos, deslegitimar a oponentes o movilizar a las bases. La velocidad de consumo informativo propiciado por las redes sociales, junto con el razonamiento cognitivo motivado, son el caldo de cultivo perfecto para la radicalización política. La constante subversión informativa va abriendo paso a un fenómeno todavía más peligroso: las percepciones políticas falsas.

Las percepciones políticas falsas son definidas en la literatura como creencias fácticas que son falsas o contradicen la mejor evidencia disponible en el dominio público (Flynn, Nyhan & Reifler, 2016). Es decir, aquellas creencias que se albergan como constitutivas de hechos a pesar de que se haya probado su falsedad. Estas percepciones falsas abarcan todos los campos, desde la medicina hasta la historia. Un ejemplo sería la creencia muy generalizada de que hay que beberse dos litros de agua al día. La ciencia demuestra que es falsa, ya que cada persona necesita una cantidad diferente en base a su constitución. Con respecto a la política, un ejemplo de percepción política falsa sería la creencia (todavía a día de hoy) por parte de una buena parte de la ciudadanía americana de que Iraq tenía armas de destrucción masiva cuando se realizó la invasión en 2003. Son muy comunes a todas las ideologías, partidos políticos o individuos. La teoría demuestra que son peligrosas para la democracia, ya que pueden distorsionar el debate público y socavar la capacidad de las personas de formar opiniones significativas (Hochschild & Einstein, 2015). Se han realizado numerosos estudios acerca de temáticas relacionadas con las “political misperceptions”, como el rol que tienen las élites en su propagación, el efecto que tienen sobre el debate democrático o si pueden ser corregidas mediante la exposición a hechos contrastados. Nyhan y Reifler realizaron un estudio muy interesante (2010) en el que exponían que aquellas personas que estaban más radicalizadas en sus posiciones ideológicas no sólo no corregían sus percepciones políticas falsas cuando se les presentaba información fáctica correctora sobre ellas, si no que se reafirmaban en ellas. La sectarización política promueve estas actitudes dogmáticas. Las personas que se radicalizan en sus posiciones ya no atenderán a hechos, argumentos o pruebas que demuestren la falibilidad de sus creencias.

Es aquí donde entran en juego los extremismos que pretenden alimentarse de la creciente inseguridad e incertidumbre del mundo en el que vivimos. La no aceptación del otro como un actor político legítimo exagera la necesidad de manipular a la ciudadanía para que se radicalice. Esto es algo que se produce en todas las facciones políticas, no es monopolio de ningún grupo o ideología en concreto. Sin embargo, la demagogia y sectarización política se ha extendido con mayor vehemencia entre los extremos políticos, en particular entre la extrema derecha. Un ejemplo claro de una percepción política falsa

que ha puesto en jaque a la democracia recientemente es la del fraude electoral en Estados Unidos. Cuando los numerosos tribunales americanos (en algunos casos gobernados por jueces promocionados por el presidente Trump o el partido republicano) rechazaron las demandas interpuestas por la administración Trump, la explicación que se generó fue que tanto ellos como todos los secretarios de estado encargados del recuento del voto (de nuevo en muchos casos republicanos) estaban confabulados secretamente para robarle las elecciones a Donald Trump.¹² He aquí un ejemplo típico de racionalización o de sesgo cognitivo, la incapacidad de aceptar los hechos cuando contradicen las creencias propias (en este caso que Trump había ganado las elecciones). Otra percepción política falsa muy arraigada entre muchas personas en Europa es el porcentaje de inmigración que albergan los países de la Unión Europea, o el hecho de que las ayudas sociales las monopolicen los inmigrantes.¹³ Como en el caso de la derrota de Trump, cuando se presentan datos factuales para contrarrestar estas percepciones, se genera en las personas que las albergan la necesidad de racionalizar los hechos para que su ideología se mantenga. Es aquí donde hacen acto de presencia las teorías de la conspiración.

Las teorías de la conspiración son definidas en la literatura de las ciencias políticas como postulados que intentan explicar un evento o práctica haciendo referencia a las maquinaciones de personas poderosas que intentan ocultar su rol en ellas (Sunstein & Vermeule 2009, 205). Son distintivas de las percepciones políticas falsas en general en el hecho de que se centran en el papel que tienen unas élites políticas tiranas que actúan de una forma secreta, malvada y obscena (Uscinski et al. 2016). Las teorías de la conspiración han existido durante siglos, no son un fenómeno nuevo. Sin embargo, de nuevo se han visto exacerbadas por las nuevas tecnologías, el internet y las redes sociales, que han formado el caldo de cultivo perfecto para su conversión al “mainstream” político, hasta el punto de que han sido incorporadas por líderes como Trump o Salvini. Las teorías de la conspiración han prendido como la pólvora en la extrema derecha, donde han encontrado en su rechazo frontal a las reglas de juego democráticas, su aversión a “los otros” políticos y en su moralización permanente el ecosistema perfecto. La necesidad de

¹² <https://www.npr.org/2021/01/05/953471901/false-claims-fuel-trumps-election-result-disinformation-campaign> (consultada el 2 de marzo de 2021).

¹³ https://www.eldiario.es/desalambre/sociales-espana-inmigrantes-facilidades-espanoles_1_1668133.html (Consultada el 2 de marzo de 2021).

construir una realidad paralela que sostenga su animadversión a todo lo que quede fuera de su forma de ver el mundo junto con la habilidad de sus dirigentes de propagar, impulsar y difundir hechos alternativos que aviven el fuego del extremismo ponen en jaque permanente a la democracia, los consensos científicos o las instituciones transnacionales.

De entre las múltiples teorías de la conspiración que se extienden entre esta extrema derecha global, cabe señalar al menos dos. La primera es la más que extendida entre los fervientes seguidores de Trump en Estados Unidos y el resto del mundo. Qanon nació en 2017 cuando un servidor anónimo afirmó en el chat “4chan” que era un oficial de alto rango de inteligencia que tenía información clasificada de la guerra que libraba Donald Trump contra un contubernio de seguidores de satán. Este servidor anónimo afirmó que pronto se produciría “The Storm” (la tormenta), el momento en el que Trump lo desenmascararía, castigaría a sus miembros y restauraría la grandeza de Estados Unidos. Entre los miembros de este contubernio estarían miembros de las élites globales como George Soros, Hillary Clinton, Barack Obama, Oprah Winfield, el Papa Francisco o el Dalai Lama. Entre las actividades de estos adoradores de Satán estaría la de gestionar una red de prostitución infantil global. Aunque en un principio esta teoría era marginal, se ha ido convirtiendo en mainstream amparada por la falta de rechazo de Donald Trump y su adopción por nuevos miembros del congreso americano como Marjorie Taylor Greene.¹⁴ Algunos expertos afirman que Qanon (que como buena teoría de la conspiración es dinámica y añade constantemente nuevos elementos a su credo) tendría cientos de miles de seguidores sólo en Estados Unidos.¹⁵

La segunda teoría de la conspiración es la del Plan Kalergi. Fundada en la visión del filósofo y político austriaco Richard Nikolaus Graf von Coudenhove-Kalergi, un paneuropeísta que defendía la federación de estados en Europa al principio del siglo XX (en 1923 publicó su manifiesto Paneuropa). Su fama pasó desapercibida hasta 2005, año en el que el negacionista del holocausto Gerd Honsik publicó su panfleto “Adiós a Europa: el Plan Kalergi, un Racismo Legal” (Honsik, 2005). En este panfleto, Honsik

¹⁴ <https://www.nytimes.com/article/what-is-qanon.html> (Consultada el 25 de febrero de 2021).

¹⁵ <https://www.nbcnews.com/tech/tech-news/qanon-groups-have-millions-members-facebook-documents-show-n1236317> (Consultada el 28 de febrero de 2021).

saca de contexto varias afirmaciones de Kalergi para concluir que existe un plan de las élites europeas para cruzar a los europeos de raza blanca con negros y asiáticos con el fin de lograr establecer una clase humana inferior que poder dominar. Por tanto, el complot de las élites europeas actuales es el de permitir la entrada masiva de inmigrantes en el continente para ir paulatinamente acabando con la raza blanca. Detrás de toda esta secreta e infecta estrategia vuelve a estar George Soros, que mediante la financiación de ONGs de salvamento marítimo o de ayuda a los refugiados busca inundar Europa de hordas de migrantes. De nuevo, esta teoría parecería marginal si no hubiese sido adoptada por figuras prominentes de la extrema derecha europea como Matteo Salvini, dirigente de la Liga Norte italiana.¹⁶ Esta teoría de la conspiración hace uso de la estrategia clásica de los regímenes totalitarios del enemigo interior y el enemigo exterior. Los inmigrantes negros, asiáticos o magrebíes son invasores, mientras que las élites maquinan la abolición de los valores cristianos europeos con el fin de lograr el control absoluto de la población.

Por tanto, las teorías de la conspiración hacen gala de todos los elementos expuestos hasta el momento. Ayudan a definir al grupo de creyentes, a la tribu que comparte una visión del mundo que permite establecer una clara diferenciación entre los que quedan fuera y los que no, reafirmando así los principios básicos de la sectarización. Establecen claramente quién es el enemigo, atribuyéndole valores abominables desde un punto de visto moral, como la prostitución de menores o la experimentación genética a gran escala. Fomentan por tanto una terrible fobia marcada por el rechazo a prácticas inhumanas de dirigentes sin escrúpulos ni moral sedientos de poder. Estos dirigentes deben por tanto ser apartados, encarcelados o aniquilados. Aunque estas teorías, tan eficaces a la hora de galvanizar a la extrema derecha, sean imposibles de probar, sirven para crear redes de nuevos y fervientes seguidores que acceden a ellas mediante una constante interacción en las redes sociales. La difusión sistemática de noticias falsas generadas para manipular a la población junto con el razonamiento cognitivo motivado aceleran la conversión de nuevos adeptos a la causa. Una vez procesada la información y convertida en percepción política falsa, todo será puesto al servicio de dicha teoría, alrededor de la cual girará la vida de sus feligreses.

¹⁶ <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-45841641> (Consultada el 28 de febrero de 2021)

6. El culto al líder

Los movimientos populistas de extrema derecha se caracterizan por estar encabezados por líderes con un perfil parecido (Mudde, 2017). Personajes como Salvini, Bolsonaro, Abascal o Trump han abanderado el desencanto de muchas personas que sentían un progresivo distanciamiento de las figuras políticas tradicionales, élites que les han traicionado. Estos líderes se han hecho fuertes galvanizando temáticas que antes eran consideradas marginales pero que han prendido como la pólvora en zonas industriales deprimidas, centros urbanos multiculturales o áreas rurales vacías. Se definen como líderes fuertes, sin complejos, dispuestos a decir las verdades que el sistema globalista intenta silenciar, o que son incómodas porque levantan el velo de las buenas e hipócritas intenciones de los líderes tradicionales. Muchas personas se han sentido atraídas por discursos que han atacado a los inmigrantes ilegales, denigrado a los medios de comunicación, o han ridiculizado, insultado y denostado a personas de ideologías contrarias. La frase que suelen utilizar cuando escuchan a sus líderes es que le dan voz a sus pensamientos, que dicen las cosas como ellos las ven. Son líderes que hacen de caminar en el alambre su fortaleza, usando discursos populistas que afirman poner a la gente en el centro de la acción política, que han venido a rescatar a los olvidados para devolverles su grandeza.

Se definen como “outsiders” de un establishment que vive por y para sí mismo, no para el pueblo que sufre su abandono. La ironía es que en la mayoría de los casos, estos líderes forman parte de las mismas élites que dicen condenar, valiéndose del sistema que tanto critican para alcanzar el lugar que ocupan. Por poner dos ejemplos, Donald Trump es un magnate inmobiliario que heredó de su padre una fortuna y que se ha pasado la vida entera abusando económicamente de trabajadores e inquilinos. Durante su campaña presidencial criticó con mucha fuerza a John McCain, un héroe de guerra americano que lo había criticado durante las primarias republicanas que le auparon a ser candidato en 2016. Trump se mofó de su oponente, llamándole débil por haber sido capturado y torturado por las fuerzas del Vietkong durante la Guerra del Vietnam. Trump dijo que a él le agradaban los soldados que no eran capturados. Lo increíble de esta afirmación es que Trump fue llamado a filas durante la Guerra de Vietnam y usó las

influencias de su padre para no acudir. Santiago Abascal dice representar a los trabajadores cuando lleva toda la vida formando parte de un partido político del que cobraba grandes sueldos en puestos asignados a dedo.

Estos dos líderes utilizan lenguajes maniqueos que dividen el mundo entre el bien, representado por ellos, y el mal, en el que quedan todos aquellos que les contradicen. Basta seguir sus discursos para entender que ese lenguaje sencillo, directo y sin ambages genera en sus seguidores la sensación de que sólo ellos les puede salvar de un desastre inminente, de su desaparición. Frases utilizadas por Donald Trump en el discurso que precedió al asalto al capitolio así lo demuestran. La utilización de contrastes entre débiles y fuertes, entre tener un país o no tenerlo o entre traidores y patriotas exacerba esa concepción sectaria del mundo en el que no existen grises. Viles progresistas, cobardes mezquinos o valientes patriotas: por un lado están los enemigos izquierdistas, globalistas, progresistas, personas pérfidas e inmorales que atacan los valores tradicionales. Por el otro están aquellas personas o políticos conservadores débiles, que carecen de la visión, coraje o fortaleza para hacerle frente a la “progresía”. Finalmente, sólo estos líderes, figuras dotadas de un misticismo heroico, autoproclamados liberadores, pueden rescatar al “pueblo” de las garras del mal, de la decadencia total. Ellos le han dado voz a corrientes de pensamiento que habían sido relegadas a la marginalidad más absoluta y las han devuelto al centro del debate. Los extremistas ya no tienen que reunirse en lugares clandestinos, si no que se ven representados por políticos en traje y corbata. Han generado un amplio paraguas ideológico, típico del populismo, en el que caben todos los modelos de pensamiento que habían sido estigmatizados por el sistema: racismo, supremacismo blanco, machismo, nacionalismo irredento o fundamentalismo cristiano.

Cabe resaltar la inmensa versatilidad populista que subyace detrás de los discursos de estos líderes. Son capaces de disfrazar la realidad para que concuerde con sus postulados. Son tremendamente escurridizos, proclives a retorcer el lenguaje para no ser atrapados en sus mentiras. Quizás esta sea una de las grandes cualidades de estos nuevos líderes populistas, la de escurrir el bulto cuando quedan desenmascarados por los hechos. Detalles que podrían hundir la carrera de cualquier otro político, incoherencias, falsedades, manipulaciones o burdas mentiras son tergiversadas de forma magistral para

que parezca que todo es un complot del sistema contra estos líderes llamados a salvar al mundo. No son rehenes de sus declaraciones, sino que son capaces de manipular los hechos y las palabras para que siempre sirvan su cometido. Son inmunes al desgaste político porque han sido capaces de generar una lealtad sin fisuras en sus seguidores. Ellos controlan la narrativa. Niegan haber dicho cosas que dijeron aludiendo a que fueron malinterpretados. Las redes sociales les proporcionan la plataforma perfecta para comunicarse sin filtros con sus seguidores, dotándolos de un altavoz que no sufre de ningún mecanismo de control. No importan los hechos objetivos, no importan los debates basados en el respeto a los acontecimientos observables, importa la verdad, la que sólo ellos pueden defender. Si el mundo que algunos conocen sólo puede sobrevivir a través del liderazgo de los Trump, Bolsonaro, Salvini o Abascal, entonces no hay debate posible. Ellos representan una causa para la que todo vale, la de devolverle su grandeza al “pueblo verdadero”, que debe ser prioritario en cualquier consideración (“X first”, “make X great again”).

7. Ideal democrático y tendencias efectivas

Además de su importancia social y política, el fenómeno de la nueva extrema derecha nos parece que cuestiona la concepción participativa del ideal democrático. Esta concepción considera que la esfera pública es el ámbito apropiado para que los ciudadanos puedan disponer de información fiable sobre los asuntos públicos. Considera que los ciudadanos son individuos racionales, capaces de llegar a consensos racionalmente motivados. Desde este punto de vista, los medios de comunicación constituyen la esfera pública donde tienen lugar los debates y donde se alcanzan los consensos, que constituyen por ello decisiones racionales. En la esfera pública tiene lugar el uso público de la razón, al que todos los ciudadanos tienen derecho a participar, o tener voz (Rawls, 1993). Se trata, por tanto, de un espacio neutral, donde todo el mundo debería poder participar. La racionalidad del resultado se basa en la racionalidad del procedimiento, que permite a la sociedad autodeterminarse, configurar su voluntad general, por decirlo con Rousseau (Habermas, 1981, 2013; Lafont, 2019). Esta racionalidad procedimental legitima el resultado. El problema para esta concepción de la democracia es que la nueva extrema derecha cumple perfectamente con sus

planteamientos. Al hacerlo, proponemos, pone de relieve sus limitaciones: ni el espacio público es neutral, ni la mera participación garantiza la racionalidad del resultado, ni es cierto que la acción comunicativa implique el consenso. La concepción participativa de la democracia pasa por alto las relaciones de poder. La participación en el espacio público, como muestra el caso de la nueva extrema derecha, puede estar orientada a la agitación emocional, como mecanismo de manipulación, y puede aprovecharse de los sesgos y la fragmentación que inducen las redes sociales.

El anterior presidente americano, Barack Obama, se hizo eco hace poco de este tipo de planteamiento crítico, dada la situación actual. En su último libro (Obama, 2020), afirma que las democracias modernas se encuentran ante una encrucijada. A lo largo de su historia, las democracias se habrían enriquecido de la capacidad del sistema de absorber las legítimas diferencias políticas, económicas y sociales surgidas de su seno para establecer consensos democráticos, y crear instituciones y mecanismos representativos. La política se nutría de las divergencias surgidas de la participación de partidos, grupos de presión o individuos que, a pesar de perseguir sus propios beneficios, reconocían la virtud de las instituciones, de los consensos establecidos y de los valores democráticos. Se entendía el ejercicio político como una lucha entre adversarios, con los que era posible colaborar en aras de un bien común. Las pequeñas derrotas políticas podían convertirse en grandes victorias sociales. Ese bien común se entendía como el avance de la sociedad en su conjunto, el avance de una ciudadanía que aunque compleja, diversa y plural compartía unos objetivos afines. Sin embargo, en su opinión, se ha llegado a un punto (en referencia a la democracia estadounidense) en donde este planteamiento parece dejar de ser posible.

Por ejemplo, una de las premisas principales del debate democrático era la capacidad de establecer marcos de debate basados en hechos objetivos. Se podía discutir, debatir e incluso pelear sobre la interpretación de los hechos, pero el punto de partida era compartido y no cuestionado. Hoy en día, la evolución de los medios tecnológicos, la irrupción de las redes sociales y el ocaso de los medios tradicionales han permitido la generación de noticias falsas, bulos y teorías de la conspiración que ponen en jaque a la democracia. Si no nos ponemos de acuerdo ni siquiera en los hechos que sustentan y

generan el debate político, ¿qué sentido tiene éste? De hecho, como hemos visto, el movimiento social que alimenta la extrema derecha ignora los hechos. La otra premisa principal es el respeto, el reconocimiento del discrepante, aspecto que también brilla por su ausencia en la práctica política de la extrema derecha, que basa su discurso en la deslegitimación del oponente, y la descalificación del diferente, como hemos visto. Sea o no cierta la visión de la democracia usamericana que pregona Obama, lo cierto es que su análisis de los riesgos actuales nos parece acertada. Por decirlo de un modo directo, el problema no se soluciona con más participación. El problema es el tipo de participación.

Por ello, en este contexto, insistir en el ideal participativo puede parecer ingenuo, en la medida que puede dar alas a un movimiento antidemocrático, al facilitarle y garantizarle el acceso a esa esfera pública que, como hemos insistido, distorsionan y manipulan, sin respetar las aportaciones ajenas, que descalifican. Su aproximación a la esfera pública no es la de contribuir a un proceso de debate dirigido a forzar consensos y equilibrios, sino la de aprovechar la oportunidad para definir la agenda política y el modo de abordarla. El ideal de la democracia participativa da por supuesto que el proceso deliberativo que tiene lugar en la esfera pública permite consensuar la opinión pública y así garantizar la racionalidad del resultado, porque presupone que se trata de un proceso cooperativo, donde cada ciudadano va a optar por la decisión mejor, garantizando de este modo que el resultado sea expresión de la voluntad general. Por ello se exige que todo el mundo tenga acceso a esa conformación. Pero la esfera pública actual es fragmentada, sectarizada, manipulada por líderes carismáticos; incluso los medios de comunicación tradicionales se han vuelto mucho más claramente partisanos y sectarios.

Desde el punto de vista de la democracia participativa se han formulado críticas al bloqueo de las cuentas de redes sociales de Trump, que utilizó para difundir sus bulos y alentar a sus seguidores, al afectar a su libertad de expresión, su acceso a esa esfera pública donde se dirimen los conflictos y alcanzan los consensos. La cuestión de fondo, sin embargo, es que una concepción meramente procedimental de la democracia pone las cosas muy fáciles a quienes aprovechan estas ventajas para llevar adelante su agenda antidemocrática. En otros términos, el ideal democrático no debería ser meramente formalista o procedimentalista. Por ejemplo, en el sentido propuesto por Mill, de la

necesidad de respetar las minorías (Mill, 1859), o someter a voto los derechos básicos. O plantear el modo de delimitar las comunidades políticas legítimas –dar por buenas las fronteras existentes de facto, resultado de una historia de guerras y dominación, no parece lo más racional. Es preciso, por tanto, ir más allá del ideal de la democracia participativa.

REFERENCIAS

-ACKERMAN, Elliot et al. «A letter on justice and open debate», Harper's Magazine, disponible en: <https://harpers.org/a-letter-on-justice-and-open-debate/> [Consulta: 28/02/2021].

-ATTANASIO, Angelo. «Qué es el “Plan Kalergi”, la teoría conspirativa que usan los partidos de ultraderecha contra la Unión Europea», BBC News Mundo, disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-45841641> [Consulta: 28/02/2021].

-CAMPION, Kristy; POYINTING, Scott. «International nets and national links. The global rise of the extreme right-Introduction to special issue», *Social Sciences* (Basel), 2021-02-09, Vol.10 (2), p.61.

- Bazerman, Max *et al.* *Environment, ethics, and behavior: The psychology of environmental valuation and degradation*. New Lexington Press Management Series, 1997.

-BOLSEN, Toby *et al.* «The Influence of partisan motivated reasoning on public opinion», *Political Behavior*, 2014-06-01, Vol.36 (2), p.235-262.

-«Europe and right-wing nationalism: A country-by-country guide», BBC News, disponible en: <https://www.bbc.com/news/world-europe-36130006> [Consulta: 10/02/2021].

-EZROW, Lawrence; TAVIT, Margis; HOMOLA, Jonathan. «Voter polarization, strength of partisanship, and support for extremist parties», *Comparative Political Studies*, 2014-09, Vol.47 (11), p.1558-1583.

-FINKEL, Eli J. *et al.* «Political sectarianism in America», *Science* (American Association for the Advancement of Science), 2020-10-30, Vol.370 (6516), p.533-536.

- FLYNN, D.J; NYHAN, Brendan; REIFLER, Jason. «The nature and origins of misperceptions: Understanding false and unsupported beliefs about politics», *Political Psychology*, 2017-02, Vol.38, p.127-150.
- FROIO, Caterina ; GANESH, Bharath. «The far right across borders. Networks and issues of (trans)national cooperation in Western Europe on Twitter», *Post-digital Cultures of the Far right*, 2018-11, p.93-106.
- FUKUYAMA, Francis. *The End of History and the Last Man* Publisher, Free Press. Publication date. 1992. Media type, Print. Pages, 418. ISBN · 978-0-02-910975-5
- GARIMELLA, Kiran *et al.* «Political discourse on social media: eco chambers, gatekeepers, and the price of bipartisanship», *WWW 18': Proceedings of the 2018 World Wide Web Conference*, 2018: 913-922.
- GRAHAM-McKLAY, Charlotte; RAMZY, Austin; VICTOR, Daniel. «Christchurch mosque shootings were partly streamed on Facebook», *The New York Times*, disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/03/14/world/asia/christchurch-shooting-new-zealand.html> [Consulta: 20/02/2021].
- HABERMAS, J. *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*. Ed. Gustavo Gili, 1981.
- HABERMAS, J. *Facticidad y validez. Sobre el Derecho y el estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Ed. Trotta, 2013.
- HILLE, Peter; HASSELBACH, Cristoph. «Capitol hill riots: Are Western democracies under attack?» DW, disponible en: <https://www.dw.com/en/capitol-hill-riots-are-western-democracies-under-attack/a-56163820> [Consulta: 10/02/2021].
- HOCHSCHILD, Jennifer L; EINSTEIN, Katherine. *Do Facts Matter? Information and Misinformation in American Politics*. Norman, OK: University of Oklahoma Press, 2015.
- HONSIK, Gerd. *Adiós, Europa*. Editorial: Bright-Rainbow-Verlag, 2005.
- HORNER, Rory *et al.* «How anti-globalization switched from a left to a right-wing issue-and where it will go next», *The Conversation*, disponible en: <https://theconversation.com/how-anti-globalisation-switched-from-a-left-to-a-right-wing-issue-and-where-it-will-go-next-90587> [Consulta: 22/02/2021].
- KUNDA, Ziva. «The case for motivated reasoning.» *Psychological bulletin*, 1990,108 (3): 480-498.

- LAFONT, Cristina. *Democracy without shortcuts*. Oxford University Press, 2020.
- LEWIS, Helen. «How anti-feminism is the gateway to the far right», The Atlantic, disponible en: <https://www.theatlantic.com/international/archive/2019/08/anti-feminism-gateway-far-right/595642/> [Consulta: 28/02/2021].
- LUCASSEN, Geertje ; LUBBERS, Marcel. «Who fears what? Explaining far-right-wing preference in Europe by distinguishing perceived cultural and economic ethnic threats», *Comparative Political Studies*, 2012-05, Vol.45 (5), p.547-574.
- LÜHRMANN, A. & LINDBERG, S.L., “A thirds wave of autocratization is here: what is new about it?” Democratization, March 2019, doi: 10.1080/13510347.2019.1582029.
- MALA, Elisa; GOODMAN, J. David. «At least 80 dead in Norway shooting», The New York Times, disponible en: <https://www.nytimes.com/2011/07/23/world/europe/23oslo.html>, [Consulta: 20/02/2021].
- MALDITA.ES. «Un rastreo de las ayudas sociales desmonta el discurso de que los inmigrantes “tienen más facilidades de acceso que los españoles», El Diario.es, disponible en: https://www.eldiario.es/desalambre/sociales-espana-inmigrantes-facilidades-espanoles_1_1668133.html [Consulta: 02/03/2021].
- MASON, Liliana. *Uncivil Agreement: How Politics Became our Identity* University of Chicago Press, 2018.
- MILL, John. *On Liberty*. Publisher Batoche Books, Kitchener 2001.
- MUDDE, Cas. *The Populist Radical Right: A Reader* Publisher Routledge, 2016.
- MULLINIX, Kevin J. «Partisanship and Preference Formation: Competing Motivations, Elite Polarization, and Issue Importance» *Political Behavior*, 2016, 38 (2): 383-411.
- NPR. «False claims fuel Trump’s election results disinformation campaign», disponible en: <https://www.npr.org/2021/01/05/953471901/false-claims-fuel-trumps-election-result-disinformation-campaign> [Consulta: 02/03/2021].
- NYHAN, Brendan; REIFLER, Jason. «When Corrections Fail: The persistence of political misperceptions», *Political Behavior*, 2010, 32 (2): 303 {330.

- OBAMA, Barack. *A Promised Land*. Publisher Crown Publishing Group, 2020.
- PETERS, Michael. «Education in a post-truth world», *Educational Philosophy and Theory*, 2017-05-12, Vol.49 (6), p.563-566.
- RAWLS, John. *Political Liberalism* Publisher, Columbia University Press. Publication date. 1993.
- ROBISON, Joshua; MULLINIX, Kevin J.. «Elite polarization and public opinion: How polarization is communicated and its effects», *Political communication*, 2016-04-02, Vol.33 (2), p.261-282.
- ROBINSON, R. J., KELTNER, D., WARD, A., & ROSS, L. (1995). «Actual versus assumed differences in construal: "Naive realism" in intergroup perception and conflict» *Journal of Personality and Social Psychology*, 68(3), 404–417.
- ROOSE, Kevin. «What is QAnon, the viral pro-Trump conspiracy theory?», The New York Times, disponible en: <https://www.nytimes.com/article/what-is-qanon.html> [Consulta: 25/02/2021].
- RUNCIMAN, D. *How Democracy Ends*. London: Profile Books, 2018.
- RUTEMBERG, Jim; CORASANITI, Nick; FUER, Alan. «Trump’s fraud claims died in court, but the myth of the stolen election lives on», The New York Times, Disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/12/26/us/politics/republicans-voter-fraud.html> [Consulta: 10/02/2021].
- SEN, Ari; ZADROZNY, Brandy. «QAnon groups have millions of members on Facebook, documents show», NBC News, disponible en: <https://www.nbcnews.com/tech/tech-news/qanon-groups-have-millions-members-facebook-documents-show-n1236317> [Consulta: 28/02/2021].
- SUNSTEIN, Cass R., and VERMEULE, Adrian. «Conspiracy theories: Causes and Cures», *Journal of Political Philosophy*, 2009, 17 (2): 202-227.
- SWANK, Duane.; BETZ, Hans-Georg. «Globalization, the welfare state and right wing populism in Western Europe», *Socio-economic Review*, 2003-05-01, Vol.1 (2), p.215-245.
- TABER, Charles S., and LODGE, Milton. «Motivated Skepticism in the Evaluation of Political Beliefs.» *American Journal of Political Science*, 2006 50 (3): 755{769.

-USCINSKI, Joseph E., KLOFSTADT, Casey, and ATKINSON, Mathew D. «What Drives Conspiratorial Beliefs? The Role of Informational Cues and Predispositions» *Political Research Quarterly*, 2016, 69 (1): 57-71.

-Vision of Humanity: Global Terrorism Index, 2019, disponible en: <https://www.visionofhumanity.org/far-right-attacks-in-the-west-surge-by-320-per-cent/> [Consulta: 15/02/2021].

-Vision of Humanity: Global Terrorism Index, 2019, disponible en: <https://www.visionofhumanity.org/wp-content/uploads/2020/11/GTI-2019-web.pdf> [Consulta: 15/02/2021].

-WARNER, Michael. «Publics and counterpublics», *Public Culture*, 2002, 14 (1): 49-90

-WAYTZ, Adam. «The psychology behind fake news», Kellogg Insight, disponible en: <https://insight.kellogg.northwestern.edu/article/the-psychology-behind-fake-news> [Consulta: 10/12/2020].